

Dependencia diaria: El secreto del poder espiritual

La autosuficiencia es eliminada

Separados de Dios, nada podemos hacer. Así lo enseña Juan 15:5 y así lo reconoce todo aquel que, consciente de su propia incapacidad, busca la ayuda del Espíritu Santo en cada obra espiritual. No se trata solo de grandes tareas ministeriales o actos heroicos de fe, sino también de los gestos más pequeños de obediencia y amor. Sin la intervención divina, incluso el creyente más experimentado se ve expuesto al fracaso, pues la autosuficiencia es un espejismo que impide recibir la fuerza verdadera.

El peligro de exaltar al hombre y la gloria de Dios en la doctrina

A lo largo de la historia, las herejías han compartido un mismo patrón: exaltar al hombre y disminuir la gloria de Dios. La teología errada, en vez de rendir homenaje a la gracia soberana, adorna la cabeza del hombre caído con honores que no le pertenecen, robando la alabanza que solo corresponde al Creador. En contraste, las doctrinas de la gracia rebajan al ser humano a su justa posición y entronizan a Jehová en su lugar legítimo. La prueba de fuego de cualquier enseñanza es clara: si glorifica al hombre y lo coloca en un pedestal, es falsa; si lo humilla y corona a Dios como fuente y meta de todo, es verdadera.

“Separados de mí nada podéis

hacer”: verdad para toda la vida cristiana

La declaración de Jesús no se limita a la salvación inicial ni a las obras extraordinarias de fe, sino que abarca todos los aspectos de la vida espiritual. Incluso en lo cotidiano, en esas pequeñas decisiones y actitudes que parecen estar bajo nuestro control, dependemos por completo de la gracia divina. Las Escrituras muestran que los más valientes pueden caer en las tentaciones más pequeñas cuando confían en sí mismos, como Pedro ante la criada o Job frente a las palabras de sus amigos. La gracia de Dios no es solo el cimiento para las grandes victorias, sino también la fuerza que sostiene el carácter y la fe en lo más simple.

La necesidad absoluta de la gracia para el creyente y el pecador

El hombre natural, no regenerado por el Espíritu, no puede producir ni sostener vida espiritual. Aunque tenga capacidades físicas e intelectuales, está muerto en delitos y pecados. Su incapacidad es espiritual y total, y por ello no puede comenzar, continuar ni culminar una obra buena por sí mismo. Esta realidad no lo exime de su responsabilidad ante Dios, pues el mandamiento de amar al Señor con todo el corazón y volverse del pecado sigue en pie. La predicación de esta incapacidad no busca fomentar pasividad, sino conducir al reconocimiento de la ruina propia y a clamar por la intervención divina. Una conversión que no reconoce esta impotencia es superficial, pues no descansa enteramente en Cristo.

Humildad, dependencia y el

verdadero poder espiritual

Todo lo que un creyente es y tiene proviene de Dios. Somos vasos en manos del alfarero, y cualquier corona que llevemos debe colocarse a los pies del Creador. Con frecuencia, la autosuficiencia se disfraza de virtud, pero cada gramo de fuerza propia es en realidad un gramo de debilidad espiritual. La vida cristiana se nutre de una dependencia diaria y consciente de la gracia, evitando la tentación de “guardar” un depósito de poder para usarlo sin acudir a Dios. El verdadero ministerio no se mide por el intelecto, la elocuencia o la preparación, sino por cuánto deja pasar la luz de Cristo. Como aquel predicador que, al perder la vista en pleno sermón, habló desde la dependencia total y vio fruto inmediato, la iglesia necesita aprender que su poder es espiritual y que solo Dios puede convertir un alma, avivar un corazón y producir fruto eterno.